

## Mario Benedetti: la humildad de la gloria\*

*Fernando Butazzoni (Montevideo)*

\*Distribuido por la agencia de noticias IPS a raíz de la muerte del gran escritor uruguayo.

La obra literaria que ha dejado Mario Benedetti es gigantesca y dispar. Decenas de libros de poesía, canciones, novelas, cuentos, crónicas, ensayos, teatro, humor. Como él mismo decía en broma: “Sólo me falta escribir una ópera”. Durante su largo paso por el mundo de las letras, conoció el éxito de ventas, el elogio de muchos colegas, las traducciones a decenas de idiomas, los premios y el cariño incondicional de sus lectores. Pero también tuvo que vérselas con críticos severos y con escritores y catedráticos que no apreciaban su obra o que fustigaban sus posturas políticas.

Sin embargo, nadie discute que Benedetti fue el más montevideano de los escritores uruguayos. Y el más querido. Fue acaso el miembro más destacado de la llamada “Generación del 45”, que estuvo integrada entre otros por Ángel Rama, Carlos Martínez Moreno e Idea Vilariño, y que operó como grupo de intelectuales con una fuerte impronta crítica y un marcado interés por los asuntos políticos y sociales.

Sin duda que la escritura de Benedetti, en aquellos primeros años, estuvo marcada por su extraordinaria capacidad de observación del comportamiento social y por su afinidad con la ciudad y con los temas urbanos. Su primer libro significativo fue “Poemas de la oficina” (1956), un manojito de textos en los que revelaba el drama existencial de toda una clase social –la pequeña burguesía urbana–, entrampada en las rutinas burocráticas de un Estado benefactor y omnipresente.

Era aquel el Uruguay “de las vacas gordas” o, como él mismo lo describiera en un poema, “el país verde y con tranvías”, tan lejano en apariencia a la América Latina de los indios, los mayorales y las dictaduras. Visto hoy, aquel país parece de mentira: acreedor de las grandes potencias europeas, con una sólida vida democrática, con grandes exponentes culturales y deportivos, y con una ciudad capital como Montevideo, que se preciaba de ser “ciento por ciento europea”. Se lo llamaba, al país, “la Suiza de América”. Era el Uruguay que aún celebraba a Juana de Ibarbourou como “Juana de América”; el mismo país, por cierto, que festejaba la conquista del Campeonato Mundial de Fútbol en el mítico estadio de Maracaná, en Brasil, en 1950.

Ese país, sin embargo, comenzaba a desmoronarse en su tejido social. Y Benedetti no solamente fue capaz de percibir tempranamente ese derrumbe, sino que lo describió de forma sencilla, clara, renunciando a las trampas del estilo para ganar en franqueza y en comunicación con sus lectores.

Si los “Poemas de la oficina” fueron una notable carta de presentación en el ámbito literario nacional, su novela “La Tregua”, publicada en 1960, fue su consagración como escritor y a la vez como personaje. El libro, que tuvo una primera edición más bien modesta, se convirtió enseguida en un best seller fulminante. Rápidamente se tradujo a muchos idiomas y le ganó a su autor una fama internacional hasta entonces casi desconocida para un escritor uruguayo.

“La Tregua” narra la historia de un oficinista llamado Martín Santomé, quien ya en la edad madura conoce y se enamora de Avellaneda, una compañera de trabajo. La tensión dramática se logra a través de un recurso tan simple y verdadero como la vida misma: la enfermedad y la muerte de la heroína. Escrita a manera de diario del protagonista, la novela funciona como una perfecta máquina de relojería destinada a despertar en los lectores la empatía con los personajes y también la reflexión sobre la rutina gris de cada día. La emoción es la justa, las palabras son apenas las necesarias. Cada reflexión es una estocada en el corazón de los lectores.

Muchos se han preguntado por el secreto del éxito de este libro, que ha sido traducido hasta al chino y que ya lleva ciento setenta y cinco ediciones registradas (sin contar, por lo tanto, las decenas de ediciones piratas que han circulado en Argentina, Chile, México y otros países). En realidad, la clave para entender la popularidad de la novela (que fue llevada por Sergio Renán al cine en 1972) está dada por la sencillez y hondura de una trama urbana con la que casi cualquier persona puede identificarse.

En el ámbito novelístico Benedetti publicó también en 1965 “Gracias por el fuego”, una historia de miserias familiares con final impactante. El personaje principal de la historia, Ramón Budiño, es el hijo de uno de esos poderosos magnates de los negocios y el periodismo, con fuertes contactos en el mundo de la política. Ramón reniega de los chanchullos familiares y trama el asesinato de su padre pero, al final, termina por arrojararse desde un edificio. La novela fue finalista en 1963 del prestigioso premio “Biblioteca Breve” de Seix Barral, en España. Sin embargo, en ese país el libro fue censurado por el franquismo y recién pudo publicarse en 1974.

Contaba el propio Mario que, antes de que la novela se publicara en Uruguay, él se la dio a leer a algunos de sus amigos escritores y críticos (Martínez Moreno, Ángel Rama, Juan Carlos Onetti). Varios de ellos le señalaron como una objeción fraterna el final del libro, pues lo consideraban poco menos que inverosímil. “En Montevideo –decían— la gente no se suicida tirándose de los edificios”. Pues bien, pocas semanas después, el mismo día en que se presentaba la novela, un hombre se arrojó desde el

vigésimo piso de un céntrico edificio montevideano. Benedetti, con rostro serio, solía bromear con eso: “Juro que yo no lo contraté”, decía.

Sólidamente instalado como un escritor prestigioso y un intelectual de izquierda, en 1971 Benedetti resolvió arriesgarlo todo en una apuesta política de vanguardia: aceptó integrar la Dirección del Movimiento 26 de Marzo, una organización vinculada al Frente Amplio. Eso, y su sostenido y público apoyo a la Revolución Cubana, lo llevaron a escribir artículos, reportajes, poemas, teatro y hasta una novela en verso (“El cumpleaños de Juan Ángel”, publicada en 1971 y dedicada al líder guerrillero Raúl Sendic) con un marcado compromiso militante. Eso mismo lo ubicó en la mira de la derecha más retrógrada del país. Así llegó, en 1973, el exilio. “O te vas o te meten preso”, le dijeron.

Fue un período de doce años muy rico, pero también muy complejo y doloroso para él. Primero en Buenos Aires, luego en Lima y después en la Habana y en Madrid, Benedetti redobló su militancia y siguió escribiendo y publicando. Con ello extendió su fama, y el reconocimiento hacia su obra se hizo universal.

Los años del exilio se reflejan en su obra con un fuerte compromiso político y social. La novela “Primavera con una esquina rota”, los cuentos de “Geografías”, la dramaturgia de “Pedro y el capitán”. Y la poesía, que siempre, de manera constante, fue construyendo su más alta dignidad como escritor y, curiosamente, sus máximas cimas de popularidad.

Tras el exilio, fueron Daniel Viglietti y Nacha Guevara quienes musicalizaron y cantaron algunos de sus poemas. Decir en el Uruguay de hoy: “Somos muchos más que dos” es mencionar sin nombrarlo a Benedetti, autor de esos versos cantados por la Guevara.

Pero fue con el trabajo conjunto que realizara Benedetti con el catalán Joan Manuel Serrat, que su figura se convirtió en un icono de la cultura popular en todo el ámbito hispanoamericano. El resultado de esa colaboración fue el disco “El sur también existe” (1985) que, en cierto sentido, es un buen resumen de las claves temáticas y estilísticas del escritor: el amor, la lucha, el espíritu antiimperialista, la ironía y una innegable capacidad para convertir en poesía aquello que el común de la gente dice y piensa todos los días. El propio título del disco expresa esa síntesis de forma admirable.

Su muerte y las repercusiones que la misma ha generado en todo el mundo nos permiten, más allá del dolor –o tal vez gracias a él-- entender el “fenómeno Benedetti” en toda su dimensión. Muchas veces compartí con él reuniones, foros literarios, la mesa de algún bar, caminatas. Y siempre aparecía gente como de la nada. Decenas de jóvenes, de mujeres, de chiquilines. Le pedían autógrafos, una foto, la dedicatoria de algún libro. Lo abrazaban, lo besaban, lo estrujaban. Una vez en Madrid, junto a los portones del Palacio de Linares, a él casi le arrancan la corbata y a mí la

cabeza. En Buenos Aires, en la Feria del Libro del 97, no sabíamos cómo hacer para sacarlo indemne de la sala donde acababa de dar una charla, pues había cientos de entusiastas lectores esperando para darle un abrazo. Deciles que soy asmático, murmuraba entre bromas y veras.

Siempre establecía un estado de gracia con la gente. Una comunión hecha de bondad y discreción. Una fraternidad que nacía en su escritura y que terminaba por ser un abrazo cálido que cada quien sentía como propio y único. Se puede decir que Mario Benedetti, con su obra y con su ternura, tan tímido él y a la vez tan decidido, abrazó a la Humanidad entera. Por eso sus libros son universales. Por la estatura humana de quien los escribió. Así es que ahora Mario, el entrañable Mario, se instala en la más humilde y eterna de las glorias, la del cariño agradecido de su pueblo.